

Homenaje a D. Pedro Caravia

Manuel Fernández de la Cera

Para las personas jóvenes, que no han conocido a don Pedro, o para quienes no lo han tratado, quisiera apoyarme en las propias palabras del que fue maestro inolvidable para tantos asturianos, con el fin de que puedan hacerse una idea de cómo hablaba don Pedro. Nadie en Asturias, en el último siglo, habló tan bien como él. Y no diré que nadie escribía tan bien como don Pedro Caravia, porque escribía poco y lo que escribía apenas se daba a la publicidad. Sin embargo, la publicación, en 1982, de un libro antológico de don Pedro, por la Caja de Ahorros, significó una sorpresa muy grata para muchos lectores que no sospechaban de la alta calidad literaria de un escritor casi ágrafo. Contemporáneo de los más jóvenes de la Generación del 27, nace el mismo año 1902, que Cernuda y Alberti, y es cuatro años mayor que Lorca, Alexandre y Dámaso Alonso. Entre los asturianos, es contemporáneo de Paulino Vicente (1900), Joaquín Vaquero Palacios, Antón García Oliveros y Alejandro Casona (1903), y un poco más joven que Valentín Andrés y Alfonso Camín (91). En Filosofía es contemporáneo de José Gaos (1900), Wenceslao Roces (1897), García Bacca (1901), Manuel Granell (1906), de María Zambrano (1907) y de Zubiri (1898), uno de sus maestros. Es también contemporáneo de Sartre (1905) y de Popper (1902).

La prosa de don Pedro es similar a la de los grandes poetas del 27, con una gran calidad de página, próxima a la de su amigo Jorge Guillén. Algún crítico considera característica de los poetas este tipo de prosa, con un lenguaje sumamente preciso y expresivo.

Para referirnos a la semblanza, al perfil humano de don Pedro, quisiera recordar cómo lo vieron algunos de sus amigos y discípulos más significativos.

María Zambrano, la gran escritora y filósofa malagueña, compañera de curso de don Pedro, dice: “Pedro Caravia Hevia. Sí, he de nombrarle así, con sus dos apellidos, tal como oí nombrar en las aulas mínimas de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid”. Cabe pensar que los apellidos de don Pedro, los dos netamente asturianos, habían de llamar la atención al pasar lista los profesores. María Zambrano se refiere a “tanta refinada ironía de Caravia”, al “saludo irónico que -don Pedro- repartía ceremoniosamente sobre el grupo”. Añadiendo que “el exceso de su cortesía disminuyó en no parecer que la usaba, dejando paso a una sonrisa alegre, casi infantil”. A propósito de la obra filosófica de María Zambrano, quisiera apuntar solamente que el tema “filosofía y poesía”, “pensamiento y poesía”, fundamental en la escritora andaluza, fue también una preocupación intelectual constante en don Pedro Caravia.

En 1949, regresó a España, por muy poco tiempo entonces, Jorge Guillén. Y vino a Ribadesella, visitando a don Pedro en la casa de Gobiendes. Como resultado de este viaje, el autor de “Cántico” escribió: “Desde la altura de mi vejez, mi memoria no recuerda paisajes más extraordinariamente bellos que los panoramas entorno a Ribadesella”. Debiera divulgarse un cartel con estas insuperables palabras de propaganda para la cuenca baja del sella. Guillén ve a su amigo Pedro Caravia como “de aguda inteligencia con su don de ironía como buen asturiano”. Don Pedro regaló al gran poeta nueve naranjas de su huerto de Gobiendes, simbolizando las nueve musas, con unos versos en francés. Guillén le contestó con un poema en castellano que, después, se publicó en su libro “Homenajes”. No olvida el poeta encomiar el callado

trabajo de don Pedro, en la edición de las obras completas de Gabriel Miró, desde 1932 hasta 1949: “Allí, en el fondo, rehuyendo toda exhibición, Pedro Caravia”.

Quiroga Pla, poeta y amigo fraternal de don Pedro en los años madrileños de formación, le dedica estos primeros versos de un soneto, desde París, fechado el 1-1-1941:

Mientras el viento da en la chimenea
De mi aposento de emigrado hispano
Su largo grito, estoy soñando, hermano,
Con el mar que las playas cañonea
De tu tierra asturiana, con la aldea
Y la casona sobre el altozano,
Entre el Suevo y el mar, con tu hortelano
Clavel del aire que el ocaso airea.

Jorge Demerson, Consejero Cultural de la Embajada de Francia en Madrid, consideraba a don Pedro, durante veinte años presidente de la Alianza Francesa de Oviedo, como un continuador de los grandes ilustrados asturianos del s. XVIII y XIX, y, especialmente, del tinetense conde de Campomanes, brazo derecho de Carlos III y gran impulsor de las Sociedades Económicas de Amigos del País. Como subraya Emerson: “don Pedro se reveló pronto un animador fuera de serie; lleno de imaginación, sugirió proyectos, abrió perspectivas; liberal y demócrata, propuso esas sugerencias y las que hicieron otros, a la aprobación del comité; personalidad firme, cuidó de que los acuerdos adoptados en junta se llevaran a cabo. En definitiva, puede decirse que don Pedro fue promotor, fundador, y durante veinte años Gran Timonel, o sea presidente de la Alianza Francesa de Oviedo.” Otras personas, como Gustavo Bueno, también vieron a don Pedro Caravia dentro de la tradición de los ilustrados asturianos: “crítico universal, irónico, sutil...” Antonio Gamoneda tuvo el reconocimiento de don Pedro –como otros poetas y pintores jóvenes- mucho antes de que le llegara el ingente número de premios y homenajes con que cuenta hoy. Pero, además de un buen poeta, Gamoneda es un crítico de prestigio, actividad en la que se reconoce discípulo de don Pedro: “El –escribe Gamoneda- personifica un magisterio generosamente disimulado, y yo, si no llego a poder enorgullecerme de la condición de discípulo suyo (la verdad es que no me resigno a no serlo), no es por otra razón que por la de una lamentable infrecuencia en los contactos. Con el Pajares por medio, mis oportunidades se presentaron bastante disminuidas”. El número de discípulos de don Pedro Caravia rebasa, con mucho, el ámbito de las aulas académicas. Jorge Bustillo cuenta el asombro que le produjo una persona mucho mayor en edad que don Pedro, al declararse alumno y discípulo del maestro de filosofía de Gobiendes.

Sólo hay un destino comparable al de pintor para filósofos, y es el de filósofo para pintores. Esta misión, casi sacralizada por Eugenio D’Ors, correspondió plenamente a don Pedro Caravia. Era feliz entre sus discípulos filósofos, pero era, también, feliz y divertido entre sus amigos pintores y escultores. Con éstos realizó algún viaje memorable a León. En la tertulia casi diaria que se formaba, al caer de la tarde, en la casa de don Pedro, en la calle Santa Teresa de Oviedo, coincidían amigos y alumnos de diferentes edades y oficios: Sanjurjo, Ruperto Alvarez Caravia, Villa Pastur, Jorge Bustillo, Lombardía, Fermín Uría... Doña Clotilde nos invitaba a te que, generosamente, nos servía en unas tazas enormes. Con su extraordinario dominio del lenguaje, don Pedro usaba, a veces, expresiones o palabras, cuyo significado discutíamos, a la salida, los contertulios menos cultos. Un día nos dijo don Pedro que la casa que había sido de su tía Vicenta, en Loroñe, era una casa modesta pero era un solar. ¿Cuáles eran las acepciones del término solar?. Otro día, nos habló de la cátedra de Andrés Ovejero: “Teoría de la Literatura y de las Artes”. Don Pedro contaba que “en el

orden artístico Ovejero era impagable: tenía una erudición artística muy buena y, además sabía hacernos morder en el alícuí que nos ponía”. El alícuí nos hizo discutir un rato después de la tertulia, e incluso mirar el diccionario al llegar a casa. Cuando don Pedro empezó a padecer de la vista, con veinte años, contaba que, por indicación de su pariente Vigón –el luego general- fue a consulta con un oculista que resultó “un palatino”. Los de pueblo no estábamos muy al corriente del significado de “palatino”, lo que nos dio, también, tema de discusión. Pero no todo el mundo le caía bien a don Pedro, y, cuando alguien no tenía su aceptación, lo contaba magistralmente: Tormo era un catedrático de Historia del Arte: “Tormo nos pedía un trabajo de investigación. Yo a Tormo lo aborrecía, era un hombre odioso para mí, pero, en fin, había que hacer el trabajo. Yo le dije: no tengo tema. Me dijo él: vaya usted al Archivo Histórico y pida los documentos de la iglesia del Carmen. Yo fui, me sacaron dos pilas de legajos de letra procesal, me volví loco trabajando y no encontré nada positivo.”

En el libro-homenaje a Pedro Caravia, coordinado por Evaristo Arce, y editado por la Caja de Ahorros de Asturias, en 1982, hay un texto de Francisco Fierro, uno de los discípulos predilectos de don Pedro, en el que nos reconocemos cuantos somos deudores del maestro. Fierro parafrasea el más famoso retrato literario que un alumno dedica a un profesor de filosofía, de Herder a Kant: “He tenido la dicha de conocer a un filósofo, que fue mi maestro. Este hombre tenía en sus años más florecientes toda la ágil alegría de un muchacho, la cual, según creo, sigue acompañándole hasta en los años de antigüedad. Su frente, hecha para pensar, era la sede de un gozo y una alegría indestructibles, los discursos más pletóricos de pensamiento fluían de sus labios, la broma, el humorismo y el ingenio estaban en todo momento a su disposición, y sus lecciones, además de enseñar, cautivaban y entretenían... Nada digno de ser conocido era indiferente para él; ninguna cábala, ninguna secta, ninguna ventaja personal, ninguna veleidad de fama ejerció sobre él algún encanto comparable al del deseo de extender e iluminar la verdad. Animaba a sus discípulos y los coaccionaba gratamente a pensar por cuenta propia; el despotismo repugnaba a su modo de ser. Este hombre, cuyo nombre menciono con el mayor respeto y con la más grande gratitud es Pedro Caravia; su imagen se alza gratamente ante mí”.

Aunque nacido en Gijón, en la calle Capua, don Pedro se sintió siempre de Gobiendes, por su origen familiar:

_Desde el s. XVII o comienzos del XVIII –recordaba don Pedro- en que un Caravia se casó con una señorita, una hidalga de Gobiendes, que se apellidaba De la Torre, y ya se quedaron allí. El venía de Loroñe, donde también tenía solar. Loroñe está al lado mismo de Gobiendes, en la misma parroquia. Ahí todavía queda el solar que conservó hasta hace pocos años mi tía Vicenta, que lo vendió porque yo mismo se lo aconsejé; estaba en mal estado. Tíos abuelos míos hubo varios militares y universitarios. El hermano mayor de mi padre era licenciado en derecho. Era un hombre que daba consultas gratuitas a todo el concejo, pero nunca tuvo bufete. Mi padre era militar, hizo la campaña de Cuba, donde enfermó, tuvo las palúdicas. Murió antes de los cincuenta años. Yo tenía entonces ocho años. Murió en 1910, en Gijón, precisamente el día de Santiago, que es la fiesta patronal de Gobiendes. Me acuerdo muy bien de él: como si lo estuviera oyendo y viendo.

En el año 18, la familia se trasladó a Madrid, tras cursar don Pedro el bachillerato en el colegio de los jesuitas examinándose en el Instituto Jovellanos. En el colegio de la Inmaculada tuvo como profesor a un gran naturalista, el P. Franganillo, que escribió un libro sobre la vida de las arañas. La familia Caravia venía desde Madrid a pasar los veranos a Asturias, parte en Pola de Lena, de donde era la familia Hevia, y parte en Gobiendes. Don Pedro recordaba cómo sus amigos infantiles de Gobiendes habían

emigrado: “Se marchaban todos a América: a Buenos Aires, a Cuba y algunos a Méjico. Pero volvían muy pocos. Allí en Gobiendes se quedó uno solo, que es un poco mayor que yo, y que es el único con el que me tuteo en el pueblo: Celso. Conservo amistad con él”.

Don Pedro participaba de las grandezas y miserias que conllevaba la vida en la aldea, y manifestaba con elegancia su desagrado si veía que se hacía de menos a Gobiendes: “No entiendo –decía- por qué dicen que tienen una casa en La Isla, cuando está en Gobiendes.” El 18 de Octubre de 1937, hallándose en Cataluña, en plena Guerra Civil, anota don Pedro en su diario: “Sin mi Gobiendes, me secaré como un árbol al que se corten todas las raíces?”

El libro antológico de don Pedro Caravia lo tituló su autor: “Sobre arte y poesía”. En 1937 se publica una famosa conferencia de Heidegger: Hölderlin y la esencia de la poesía”. Pero esta temática ya figuraba con anterioridad a esa fecha como preocupación intelectual básica de unos jóvenes españoles, en una edad dorada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

Finalizo con unas palabras de don Pedro, en una entrevista que yo mismo tuve el honor de transcribir, para el libro homenaje de 1982:

_Vista desde ahora, mi vida fue una reflexión sobre la poesía y el arte. Siempre busqué principios en que apoyarme. La filosofía o no es nada o es algo que total y radicalmente justifica nuestra experiencia. Ahora bien, la poesía y el arte han sido para mí, no sólo objetos a los que se puede aplicar la filosofía como un instrumento, ni siquiera una parte importante del pensamiento humano, como puede ser la lógica matemática. El arte y la poesía son mucho más que eso, porque a ellos se reduce la vida entera humana.

Don Pedro admiraba la imagen de Borges, que identificaba el paraíso en forma de biblioteca. Al celebrar el día del libro de 2005, en la biblioteca de Colunga, que lleva el nombre de Pedro Caravia, nada más justo que rendir un homenaje al que fue el inolvidable maestro de tantos asturianos.

Gobiendes 23 de abril de 2005